

A woman with long, flowing red hair, wearing a blue cloak, stands on dark, jagged rocks. She holds a lit lantern in her right hand. In the background, a large wooden sailing ship with a white sail featuring a red cross is navigating through a turbulent, stormy sea under a grey, overcast sky. The overall mood is dramatic and atmospheric.

JORGE MOLIST

DARÉ EL CIELO
POR TI

Daré el cielo por ti

JORGE MOLIST

Daré el cielo por ti

Grijalbo

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: marzo de 2026
Primera reimpresión: abril de 2026

© 2026, Jorge Molist
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ricardo Sánchez, por las imágenes del interior y de las guardas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-253-7126-4
Depósito legal: B-1.107-2026

Compuesto en Llibresimes, S. L.

Impreso en Liberdúplex
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

GR 7 1 2 6 4

*Para Paloma, mi amor.
Gracias por tu cuidado y comprensión*

GUILLERMA
DE LUESIA

BERENGUER IV
DE ENTENZA



BERENGUER V
DE ENTENZA

GALBORS
DE MONTCADA

Señor de Mora,
Tivissa, Xiva,
Pedralba y Falset

Teresa
Margarita
Bernat
Gombau
Elisenda
Juliana
Raimon
Ponç Hug

ALAMANDA
DE ENTENZA

«BERENGUERÓ»
BERENGUER VI
DE ENTENZA

Señor de Anatolia
Megaduque de Rumanía
(A partir de 1304)

SAURINA



ROGER I
DE LAURIA

ÁRBOL GENEALÓGICO
DE LA FAMILIA
ENTENZA-MONTCADA

CONSTANZA
DE ARAGÓN

GUILLEM RAMÓN
DE MONTCADA

RAMÓN
DE MONTCADA

Señor de Albalate
de Cinca y Soses

SIBILA DE
ABARCA

PERE I
DE MONTCADA

ELISENDA
DE QUERALT

Señora de Mequinenza

GUILLEM RAMÓN
DE MONTCADA

Señor de Mequinenza,
Serós y Almaret

GUILLEM
DE ENTENZA

Heredero de
Mora de Ebro,
Tivissa, etc.

BERENGUERA
DE MONTCADA

BLANCA

Personajes de
la novela

LAS HORAS EN LA EDAD MEDIA

Variaban según el mes del año puesto que se regían por el alba y la puesta del sol, que marcaban la vida en aquel tiempo. Regulaban también los principales rezos en los conventos:

- Maitines: antes del amanecer.
- Laúdes: al amanecer.
- Prima: primera hora después del amanecer, sobre las 6.00 de la mañana, en el equinoccio.
- Tercia: tercera hora después del amanecer, sobre las 9.00.
- Sexta: mediodía, a las 12.00. De esta palabra proviene «siesta».
- Nona: sobre las 15.00, hora de la Misericordia.
- Vísperas: tras la puesta del sol, sobre las 18.00. También llamada «hora del ladrón» por el inicio de la nocturnidad.
- Completas: antes del descanso nocturno, a las 21.00.

PRIMERA PARTE

1

San Juan de Acre, 18 de mayo de 1291

Artal, a sus dieciséis años, sabía que iba a morir aquella mañana. Estaba decidido a no dar un paso atrás, por amor a Cristo, a la Virgen María y a sus hermanos. Antes de que cayera la tarde, el arcángel san Miguel sujetaría la balanza en la que pesaría su alma. Y por mucho que el diablo tirara del platillo de sus pecados, su martirio por la fe decantaría el fiel y le abriría las puertas del paraíso de los justos, el cielo. Allí, en contraste con su dura existencia terrenal, gozaría de la felicidad eterna de los bienaventurados.

Había imaginado su heroica muerte muchas veces. Se veía como el último cristiano de San Juan de Acre luchando sobre los cadáveres de sus hermanos y sus enemigos, rodeado de musulmanes, vertiendo hasta la última gota de su sangre por Cristo Nuestro Señor.

Se revolvió en el camastro y reanudó sus plegarias. No habían transcurrido ni tres horas desde el rezo de maitines y aún faltaba para el amanecer. Las tenues llamas de los candiles iluminaban los poderosos arcos apuntados del amplio dormitorio. Y aparte de un crucifijo con un Cristo rígido, cubierto por una túnica y los ojos muy abiertos, las paredes se mostraban desnudas. Las ventanas se adivinaban en lo

alto. Olía a aceite quemado, a pies y a sudor. Algunos se removían inquietos, otros se lamentaban en sueños, pero él, a pesar del cansancio, se mantenía en duermevela despertándose una y otra vez. No solo rezaba por su alma, sino también por su madre y sus hermanos, que se encontraban en su caserío en las tierras que bañaba el Ebro, al otro lado del Mediterráneo. Les profesaba un enorme cariño y la añoranza le había estado atormentando los ocho años que llevaba lejos de ellos. Ni siquiera recordaba ya sus rostros, solo su amor. Su mayor angustia durante aquella interminable noche era que nunca más volvería a verlos. Eran lo único que le quedaba en la vida. Y se decía que no dejaba de ser irónico que le hubiesen encomendado a su tío para que, llevándole a Tierra Santa, le librara de unos oscuros peligros que amenazaban su vida en su terruño familiar y que terminara muriendo en aquel lugar extraño, árido y distante.

Su fino oído percibió el retumbar lejano, poderoso, lúgubre y destemplado de un timbal gigante.

—Ya empieza —murmuró.

Y al poco se le unieron cientos de tambores y chirimías en un siniestro concierto, augurio de muerte. El estruendo procedía de más allá de las murallas y era el preludio del asalto final a San Juan de Acre, el último bastión cristiano en Tierra Santa.

De pronto la campana de la fortaleza tocó a rebato y Artal se incorporó de un salto con el atronador tañido. Su corazón latía acelerado. Los murmullos de los hermanos sargentos, escuderos y otros auxiliares que se despertaban sobresaltados no podían ahogar el poderoso batir de los tambores sarracenos.

—Atacarán al alba —afirmó Andrew, su amigo inglés—. ¡Que el Señor nos ampare!

—¡Que sea siempre loado! —repuso Artal, buscando su candil.

Se apresuró a prenderlo en una de las linternas y regresó para vestirse a toda prisa. Sobre sus calzones cortos se puso unas calzas de lana que le cubrían piernas y pies y se las sujetó a la cintura con una correa de cuero. Y sobre las calzas, unas perneras de cota de malla, que sostuvo atando los cordones de sus extremos a la correa. Después se puso encima de la camisa un jubón acolchado y se cubrió la cabeza con una cofia igualmente acolchada. Aun con esas defensas, el hierro de la armadura rasgaba la piel en ocasiones. Con precisión, fruto de largas horas de práctica, le entregó a Andrew la camisa de malla para que le ayudara a ponérsela. Le cubría de cuello a rodillas y los brazos, era la pieza principal de su armadura y estaba formada por decenas de miles de anillas de hierro entrelazadas en diminutas cadenas. Aunque pesaba, su flexibilidad permitía el movimiento.

—Hoy seguramente caiga la ciudad —murmuró el inglés, como pensando en voz alta—. No habrá rendición ni piedad para nosotros. Moriremos todos.

—¡Estamos en manos del Señor! —dijo Artal, que correspondía a su compañero ayudándole con la parte superior de su armadura—. Que se haga su voluntad.

—Ansiaba morir con la capa blanca de caballero —musitó Andrew a la vez que ataba los cordones traseros que sujetaban la capucha, también de malla, de Artal.

Ambos eran escuderos. Andrew tenía casi cuatro años más que Artal y deseaba tomar los votos para ser nombrado caballero. No le faltaban méritos, sino edad. Los templarios solo admitían a mayores de veinte años como caballeros.

Encima de la armadura se pusieron la sobreveste negra con la cruz patada roja a la altura del corazón. Se calzaron las espuelas y se ciñeron una segunda correa, que sujetaba la espada y dos dagas enfundadas. Estaban listos.

A pesar de las prisas, se miraron a los ojos unos instan-

tes. Quizá fuese la última vez. Una tras otra, las campanas, primero las de las fortalezas de las órdenes militares —Temple, Hospital, Teutónica y la del rey de Chipre—, y luego las de las iglesias, se fueron uniendo a la llamada. Urgían a los cristianos a tomar las armas.

—Que Dios te proteja —le dijo Artal, mirándole con cariño—. A Él no le importa el color de tu capa ni que aún no seas caballero.

—Que el Señor esté también contigo. —Las lágrimas acudieron a los ojos de Andrew.

Y los amigos se abrazaron con fuerza, emocionados.
Era una despedida.